

Imperialismo e “Imperio”*

Por John Bellamy Foster**

Hace apenas algo más de un mes atrás, antes del 11 de septiembre, el levantamiento masivo contra la globalización capitalista que había empezado en Seattle en noviembre de 1999 y que todavía estaba reuniendo fuerzas recientemente, en Génova, en julio de 2001, exponía las contradicciones del sistema en una forma no vista en muchos años. Sin embargo, la naturaleza peculiar de esta revuelta era tal que el concepto de imperialismo resultó casi obliterado, incluso al interior de la izquierda, por el concepto de globalización, sugiriendo que algunas de las peores formas de explotación y rivalidad internacional habían en cierta forma disminuido.

Una moda in crescendo en la izquierda en el tratamiento de la globalización –e igualmente atractiva para los círculos dominantes a juzgar por la atención que le fuera dada por los medios masivos– es ejemplificada por un nuevo libro de Michael Hardt y Antonio Negri, titulado *Imperio****. Publicado el año pasado por Harvard University Press, este libro ha recibido generosos elogios en lugares tales como *The New York Times*, la revista *Time* y el *London Observer*, y ha dado lugar a una aparición estelar de Hardt en el show de *Charlie Rose* y una columna *Op-Ed* en *The New York Times*. Su tesis es que el mercado mundial, bajo la influencia de la revolución de la información, es globalizador más allá de la capacidad de las naciones-estado para afectarlo. La soberanía de los estados-nación se está desvaneciendo, y está siendo reemplazada por una recientemente surgida soberanía global o “Imperio” que surge de la coalescencia de “una serie de organismos nacionales y supranacionales unidos por una única lógica de dominio” sin una clara jerarquía internacional (p. 14).

El espacio no me permite ocuparme aquí de todos los aspectos de esta cuestión. Más bien comentaré sólo un asunto: la supuesta desaparición del imperialismo. El término “Imperio” en el análisis de Hardt y Negri no se refiere a la dominación imperialista de la periferia por el centro, si-



no a una entidad universal que no reconoce territorios limitadores o fronteras por fuera de sí mismo. En su apogeo, “El imperialismo”, afirman, “fue realmente una extensión de la soberanía de los Estados-nación europeos más allá de sus propias fronteras” (p. 14). El imperialismo o colonialismo en este sentido está ahora muerto. Pero Hardt y Negri también declaran la muerte del nuevo colonialismo: dominación económica y explotación por parte de los poderes industriales sin control político directo. Insisten en que todas las formas de imperialismo, en la medida en que representan restricciones sobre la fuerza homogeneizadora del mercado mundial, son condenadas al fracaso por el mercado mismo. El imperio es así a la vez “postcolonial y postimperialista” (p. 26). “El imperialismo”, se nos dice, “es una máquina de demarcación, canalización, codificación y territorialización de los flujos del capital que obstruye ciertas corrientes y facilita otras. El mercado mundial, en cambio, requiere un espacio uniforme de flujos ... *si no hubiese sido superado, el imperialismo habría sido la muerte del capital*. La realización plena del mercado mundial es necesariamente el fin del imperialismo” (p. 305).

Conceptos tales como centro y periferia, argumentan estos autores, son ahora inútiles. “Mediante la descentralización de la producción y la consolidación del mercado mundial, las divisiones internacionales de las corrientes de

* Este artículo está basado en una conferencia sobre el libro *Socialismo o Barbarie* de István Mészáros, dictada en el Brecht Forum en New York el 14 de octubre de 2001.

** Co-editor de *Monthly Review*.

Traducción: Florencia Enghel

mano de obra y de capital llegaron a fracturarse y multiplicarse hasta tal punto que ya no es posible demarcar amplias zonas geográficas como el centro y la periferia, el Norte y el Sur.” No hay “diferencias de naturaleza” entre los Estados Unidos y Brasil, Gran Bretaña e India, “sólo diferencias de grado” (p. 307)¹.

También ha desaparecido la noción del imperialismo norteamericano como una fuerza central en el mundo de hoy. “Estados Unidos”, escriben, “no constituye –y, en realidad, ningún Estado-nación puede hoy constituir– el centro de un proyecto imperialista. El imperialismo ha terminado. Ninguna nación será un líder mundial como lo fueron las naciones europeas modernas” (p. 15). “La guerra de Vietnam”, afirman Hardt y Negri, “podría considerarse como el momento final de la tendencia imperialista y, por ende, un punto de transición hacia un nuevo régimen de la Constitución” (p. 170). Este pasaje a un nuevo régimen constitucional global es mostrado por la Guerra del Golfo, durante la cual los Estados Unidos emergieron “como la única potencia capaz de aplicar la justicia internacional, no como una función de sus propias motivaciones nacionales sino en nombre del derecho global... La fuerza policíaca mundial de los Estados Unidos obra, no con un interés imperialista, sino con un interés imperial. En este sentido, la guerra del Golfo anunció, como afirmaba George Bush, el nacimiento de un nuevo orden mundial” (p. 172).

Imperio, el nombre que dan a este nuevo orden mundial, es producto de la lucha por la soberanía y el constitucionalismo a nivel global en una era en la cual un nuevo *Jeffersonianismo* global –la expansión de la forma constitucional estadounidense al dominio global– se ha vuelto posible. Los autores se oponen a las luchas locales en contra del Imperio; creen que ahora la lucha es simplemente por la forma que la globalización habrá de tomar –y el punto hasta el cual el Imperio cumplirá su promesa de hacer fructificar “la expansión global del proyecto constitucional interno de los Estados Unidos” (p. 174). Su argumento apoya los esfuerzos de la “multitud contra el imperio” –esto es, la lucha de la multitud por transformarse en un sujeto político autónomo; sin embargo esto sólo puede tener lugar, argumentan, al interior de “las condiciones ontológicas que presenta el imperio” (p. 368).

Ya hemos hablado bastante de las visiones que están más *de moda* actualmente. Quisiera ahora referirme a las *decididamente pasadas de moda*. En contraste con *Imperio*, el nuevo libro de István Mészáros, *Socialismo o Barbarie*, representa en muchas formas el auge de lo pasado de moda, incluso en la izquierda². En vez de prometer un nuevo universalismo que potencialmente surgiría del proceso de globalización capitalista si ésta toma la forma correcta, Mészáros argumenta que la perpetuación de un sistema dominado por el capital garantizaría precisamente lo opuesto: “A pe-

sar de su ‘globalización’ obligatoria, el sistema incurablemente inicuo del capital es estructuralmente incompatible con la universalidad en cualquier sentido significativo del término... no puede haber universalidad en el mundo social sin igualdad substantiva” (pp. 10-11).

Para Mészáros, el dominio del capital se entiende mejor como un proceso metabólico social semejante al de un organismo viviente: así, debe ser encarado como un proceso que incorpora un complejo conjunto de relaciones. No importa qué sea lo que el capitalismo logre con respecto a la liberación “horizontal”, ello es negado por el ordenamiento “vertical” dominante, que siempre constituye su momento decisivo. Este mecanismo dominante significa que “el sistema capitalista es articulado como una red similar a una jungla de contradicciones que sólo puede ser más o menos exitosamente administrado por un cierto tiempo, pero nunca superado definitivamente” (p. 13). Entre las principales contradicciones que son insuperables al interior del capitalismo están aquellas entre: (1) la producción y su control; (2) producción y consumo; (3) competencia y monopolio; (4) desarrollo y subdesarrollo (centro y periferia); (5) expansión económica mundial y rivalidad intercapitalista; (6) acumulación y crisis; (7) producción y destrucción; (8) la dominación de los trabajadores y la dependencia del trabajo; (9) empleo y desempleo; y (10) crecimiento de la producción a cualquier costo y destrucción del medioambiente³. “Es bastante inconcebible superar incluso una sola de estas contradicciones”, observa Mészáros, “mucho menos su inextricablemente ligada red, sin instituir una alternativa radical al modo de control metabólico social del capital” (pp. 13-14).

De acuerdo con este análisis, el período de ascenso histórico del capitalismo ha terminado. El capitalismo se ha expandido a través del globo, pero en la mayor parte del mundo ha producido sólo enclaves de capital. Ya no hay ninguna promesa de que el mundo subdesarrollado como un todo “se ponga al día” económicamente con los países capitalistas avanzados –o incluso de avances económicos y sociales sostenidos en la mayor parte de la periferia. Las condiciones de vida de la vasta mayoría de los trabajadores están descendiendo a nivel global. La larga crisis estructural del sistema, desde la década del ‘70, impide que el capital efectivamente haga frente a sus contradicciones, incluso en forma temporal. La ayuda externa ofrecida por el estado ya no es suficiente para estimular al sistema. Por consiguiente, la “incontrolabilidad destructiva” del capital –su destrucción de relaciones sociales previas y su incapacidad para poner algo sostenible en su lugar– es cada vez más desatada (pp. 19, 61).

En el centro del argumento de Mészáros está la proposición de que actualmente estamos viviendo al interior de “la fase potencialmente más mortífera del imperialismo” (el

título del segundo capítulo de su libro). El imperialismo, dice, puede dividirse en tres fases históricas distintas: (1) colonialismo moderno temprano; (2) la clásica fase del imperialismo tal como fue descrita por Lenin; y (3) el imperialismo hegemónico global, con EE.UU. como su fuerza dominante. La tercera fase se consolidó luego de la Segunda Guerra Mundial, pero se volvió “marcadamente pronunciada” con el comienzo de la crisis estructural del capital en la década del ‘70 (p. 51).

A diferencia de la mayoría de los analistas, Mészáros argumenta que la hegemonía de Estados Unidos no terminó en la década del ‘70, si bien para 1970 Estados Unidos había sufrido un descenso en su posición económica relativa frente a los otros estados capitalistas líderes al compararlo con la década del ‘50. Más bien, los ‘70, empezando con el abandono por parte de Nixon del estándar dólar-oro, marcan el principio de un esfuerzo mucho más decidido por parte del estado norteamericano por establecer su preeminencia global en términos económicos, militares y políticos —para constituirse en un gobierno global sustituto.

En el estado actual del desarrollo global del capital, insiste Mészáros, “ya no es posible evitar hacer frente a una contradicción fundamental y limitación estructural del sistema. Esa limitación es su serio fracaso en constituir el estado del sistema capitalista como tal, como complementario a sus aspiraciones y articulación transnacional”. Así, es aquí que “Estados Unidos, empecinado peligrosamente en asumir el rol del estado del sistema capitalista como tal, subsumiendo bajo de sí por todos los medios a su disposición a todos los poderes rivales”, entra en escena, como la cosa más próxima al “estado del sistema capitalista” (pp. 28-29).

Pero Estados Unidos, si bien fue capaz de detener la decadencia en su posición económica respecto de los otros estados capitalistas líderes, es incapaz de alcanzar suficiente dominio económico por sí mismo para gobernar el sistema mundial —el cual, en cualquier caso, es ingobernable. Por consiguiente, busca utilizar su inmenso poder militar para establecer su preeminencia global⁴. “Lo que está en juego”, escribe Mészáros,

“no es el control de una parte particular del planeta —sin importar cuán grande— poniendo en desventaja pero todavía tolerando las acciones independientes de algunos rivales, sino el control de su totalidad por parte de un superpoder hegemónico económico y político, con todos los medios —incluso los más extremadamente autoritarios y, de ser necesario, métodos militares violentos— a su disposición. Esto es lo que la racionalidad última del capital globalmente desarrollado requiere, en su vano intento por controlar sus irreconciliables antagonismos. El problema es, sin



embargo, que tal racionalidad —que puede ser escrita sin comillas, ya que corresponde genuinamente a la lógica del capital en el estado histórico actual de desarrollo global— es al mismo tiempo la más extrema irracionalidad en su historia, incluyendo la concepción Nazi de dominación mundial, en lo que concierne a las condiciones requeridas para la sobrevivencia de la humanidad” (pp. 37-38).

La afirmación de que el imperialismo de hoy, representado sobre todo por Estados Unidos, es de algún modo disminuido por el hecho de que hay escaso dominio político de territorios extranjeros, simplemente no logra comprender los problemas que enfrentamos. Tal como señala Mészáros, el colonialismo europeo de hecho ocupaba sólo una pequeña parte del territorio de la periferia. Ahora los medios son diferentes, pero el alcance global del imperialismo es más grande que nunca. Actualmente Estados Unidos ocupa territorio extranjero en la forma de bases militares en sesenta y nueve países —un número que sigue aumentando. Más aún, “la multiplicación del poder destructivo del arsenal militar hoy —especialmente el poder catastrófico de las armas aéreas— ha modificado hasta cierto punto las formas de imponer los dictados imperialistas sobre un país a dominar [las tropas terrestres y la ocupación directa son menos necesarias] pero no su sustancia” (p. 40).

Con el colapso de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, se ha tornado necesario para el imperialismo vestir ropas nuevas. La vieja justificación para las intervenciones de la Guerra Fría ya no funciona. Saddam Hussein, observa Mészáros, proporcionó tal justificación, pero sólo temporalmente. Incluso entonces Estados Unidos fue obligado a presentar su guerra bajo la apariencia de una alianza universal en pos del derecho global, aunque con Estados Unidos actuando en el papel tanto del juez como del ejecutor.

Entre los inquietantes desarrollos a los que apunta *Socialismo o Barbarie* están: el enorme número de víctimas entre los civiles iraquíes muertos durante la guerra a Irak, y la muerte de más de medio millón de niños como resultado de las sanciones desde el inicio de la guerra; el ataque militar y la ocupación de los Balcanes; la expansión de la NATO al Este; la nueva política estadounidense de utilizar a la NATO como una fuerza militar ofensiva que puede sustituir a las Naciones Unidas; los intentos de Estados Unidos por evitar y socavar a las Naciones Unidas; el bombardeo de la embajada china en Belgrado; el desarrollo del tratado de seguridad Japón-Estados Unidos destinado a China; y el crecimiento de una postura militar agresiva respecto de China —vista en forma creciente como la superpotencia rival emergente. A más largo plazo, incluso la actual armonía aparente entre Estados Unidos y la Unión Europea no puede darse por hecha, en la medida que Estados Unidos continúa con su cruzada en pos de la dominación global. Tampoco hay una respuesta a este problema al interior del sistema en este estadio de desarrollo del capital. La globalización, argumenta Mészáros, ha hecho que un estado global resulte imperativo para el capital, pero el carácter inherente del proceso metabólico social del capital, que demanda una pluralidad de capitales, hace que esto sea imposible. De este modo “la fase potencialmente más letal del imperialismo” tiene que ver con el círculo en expansión de barbarie y destrucción que tales condiciones están destinadas a producir.

¿Cómo se perciben hoy estas dos visiones de globalización/imperialismo —la crecientemente *de moda*, centrándose en la emergencia de la soberanía global (llamada “Imperio”), y la decididamente *pasada de moda* apuntando a “la fase potencialmente más letal del imperialismo”— luego de los eventos del 11 de septiembre y el comienzo en Afganistán de una guerra global contra el terrorismo?

Podría quizá argumentarse que el análisis de *Imperio* se confirma, ya que no fue un estado-nación el que presentó un desafío al sistema de soberanía global emergente, sino terroristas internacionales situados fuera del Imperio. En esta visión Estados Unidos pudiera ser entendido como desarrollando una acción de “policía del mundo” en Afganistán “no como una función de sus propios motivos nacionales sino en nombre del derecho global” —como Hardt y Negri descri-



bieron las acciones de Estados Unidos en la Guerra del Golfo. Esta es más o menos la forma en que Washington describe sus propias acciones.

Socialismo o Barbarie, sin embargo, pareciera sugerir una interpretación completamente diferente, que ve al imperialismo estadounidense como central para la crisis del terror. En esta visión, los terroristas que atacaron el World Trade Center y el Pentágono no estaban atacando a la soberanía o civilización global (no atacaron a las Naciones Unidas en Nueva York) —y mucho menos a los valores de libertad y democracia, tal como proclama el estado norteamericano— sino que estaban deliberadamente dirigidos en forma específica a los símbolos del poder financiero y militar de Estados Unidos, y por ende del poder global de Estados Unidos. Si bien estos actos terroristas fueron injustificables en todo sentido, no obstante pertenecen a la más larga historia del imperialismo estadounidense y el intento de Estados Unidos de establecer la hegemonía global —particularmente a la historia de sus intervenciones en Medio Oriente. Más aún, Estados Unidos respondió no mediante un proceso de constitucionalismo global, ni en la forma de una mera acción policial, sino en forma imperialista, declarando unilateralmente la guerra al terrorismo internacional y liberando su maquinaria de guerra sobre el gobierno Talibán en Afganistán.

En Afganistán, el ejército estadounidense está buscando destruir las fuerzas terroristas en cuya creación alguna vez jugó un rol. Lejos de adherir a sus propios principios constitucionales en el dominio internacional, Estados Unidos ha apoyado largamente a grupos terroristas toda vez que le sirvió a sus propios planes imperialistas, y ha llevado adelante el terrorismo de estado, matando a poblaciones civiles. Su nueva guerra contra el terrorismo, ha declarado Washington, podría requerir intervención militar en numerosos países más allá de Afganistán –con naciones tales como Irak, Siria, Sudán, Libia, Indonesia, Malasia y las Filipinas ya elegidas como posibles escenarios para ulteriores intervenciones.

Todo esto, aunado a una depresión económica mundial y represión in crescendo en los principales estados capitalistas, pareciera sugerir que la “incontrolabilidad destructiva” del capital está apareciendo más y más en primer plano.

El imperialismo, en el proceso de bloquear el desarrollo autocéntrico –es decir, al perpetuar el desarrollo del subdesarrollo– en la periferia, ha engendrado el terrorismo, que ha estallado a su vez sobre el mismo estado imperialista líder, creando una espiral de destrucción sin fin aparente.

Dado que el gobierno global es imposible bajo el capitalismo, el sistema, insiste Mézszáros, es arrojado bajo el “extremadamente violento dominio del mundo entero por parte un país imperialista hegemónico sobre una base permanente: una... absurda e insostenible forma de manejar el orden mundial” (p. 73).

Diez años atrás, luego de la Guerra del Golfo, los editores de *Monthly Review*, Harry Magdoff y Paul Sweezy, observaron:

Estados Unidos, parece, se ha encerrado en un curso que tiene las más graves implicaciones para el mundo entero. El cambio es la única ley cierta del universo. No puede ser detenido. Si se impide que las sociedades [en la periferia del mundo capitalista] intenten solucionar sus problemas a su manera, ciertamente no los resolverán en formas dictadas por otros. Y si no pueden progresar, inevitablemente retrocederán. Esto es lo que está sucediendo en una gran parte del mundo hoy, y Estados Unidos, la más poderosa nación, con medios ilimitados de coerción a su disposición, pareciera estar diciendo a los demás que éste es un destino que debe ser aceptado sobre el dolor de la destrucción violenta.

Alfred North Whitehead, uno de los más grandes pensadores del siglo pasado, dijo una vez: “Nunca he cesado de considerar posible la idea de que la raza humana podría ascender hasta cierto punto y luego declinar y

nunca recuperarse. Muchas otras formas de vida han hecho eso. La evolución podría ir hacia abajo del mismo modo que puede ir hacia arriba”. El hecho de que la forma y agencia activa de esta declinación podría estar tomando forma ante nuestros propios ojos en estos años de cierre del siglo veinte después de Cristo, es una idea perturbadora pero de ninguna manera improbable.

Esto por supuesto no es para sugerir que la declinación irreversible es inevitable hasta que sucede. Pero sí es para sugerir que la forma en que las cosas han estado sucediendo durante el último medio siglo, y especialmente durante el último año, posee ese potencial. Y es para reconocer que nosotros, el pueblo americano, tenemos una especial responsabilidad de hacer algo al respecto dado que es nuestro gobierno el que está amenazando con jugar a Sansón en el templo de la humanidad (The Editors, 1991).

Los últimos diez años no han hecho más que confirmar la validez general de este análisis. En base a cualquier standard objetivo, Estados Unidos es la nación más destructiva de la tierra. Ha matado y aterrorizado más poblaciones alrededor del globo que cualquier otra nación desde la Segunda Guerra Mundial. Su poder de destrucción es aparentemente ilimitado, armada como está con toda arma concebible. Sus intereses imperiales, orientados a la hegemonía global, son virtualmente ilimitados. En respuesta a los ataques terroristas en Nueva York y Washington, el gobierno de Estados Unidos ha declarado la guerra contra los terroristas que según dice residen en más de sesenta países, al igual que amenazantes acciones militares contra los gobiernos que los albergan. En lo que se presenta meramente como el primer estadio en una larga lucha, ha dado rienda suelta a su maquinaria de guerra en Afganistán, habiéndose cobrado ya una atemorizante cantidad de vidas humanas, incluyendo a aquellos que están pereciendo por necesidad de comida.

¿Cómo hemos de ver estos desarrollos, excepto como el crecimiento del imperialismo, barbarie y terrorismo –cada uno alimentándose del otro– en una época en la que el capitalismo parece haber alcanzado los límites de su ascenso histórico? La esperanza restante para la humanidad, bajo estas circunstancias, yace en la reconstrucción del socialismo y, más inmediatamente, en el surgimiento de una lucha popular centrada al interior de Estados Unidos –para evitar que Washington continúe con su letal juego de Sansón en el templo de la humanidad. Las palabras “socialismo o barbarie”, una vez elocuentemente planteadas por Rosa Luxemburgo, nunca han asumido más urgencia global que en el presente.

■ **Bibliografía**

Gibbs, David N. 2001 "Washington's New Interventionism: US Hegemony and Interimperialist Rivalries", en *Monthly Review* 53:4, September, 5-37.

Hardt, Michael y Negri, Antonio 2000 *Empire* (Cambridge, Mass: Harvard University Press) [Traducción al español: *Imperio* (Buenos Aires: Paidós, 2002)].

The Editors 1991 "Pox Americana", en *Monthly Review*, July-August.

■ **Notas**

1 Hardt y Negri se refieren al trabajo de Samir Amin, especialmente a su *Empire of Chaos* (Monthly Review Press, 1992), como la principal visión alternativa de imperialismo/imperio

respecto de la suya propia –alternativa que difiere marcadamente sobre la cuestión de centro/periferia. Ver Hardt y Negri, *Empire* (pp. 9, 14, 334, 467).

2 *Socialism or Barbarism* (2001) y el más importante trabajo teórico de Mészáros, *Beyond Capital* (1995), fueron publicados por Monthly Review Press.

3 Esta es una versión abreviada y levemente modificada de la lista de Mészáros de contradicciones principales incluida en su libro.

4 La estrategia estadounidense de establecer la hegemonía global mediante la proyección global de su poder militar es examinada en detalle en Gibbs (2001).

*** Las citas pertenecientes a Hardt y Negri contempladas en el texto fueron tomadas de la versión en español de *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).

